

R
E
V
I
S
I
Ó
N
 D
E
 L
I
B
R
O
S
 Y
N
O
V
E
D
A
D
E
S
 B
I
B
L
I
O
G
R
Á
F
I
C
A
S



Video clip versus ópera

Juan Carlos Picena*

Universidad Nacional de Rosario, Argentina

Al leer “Por los caminos de los semilleros de Investigación”¹, me resultó original la presentación de cada capítulo con el nombre del movimiento de una sonata imaginaria. ¡Notable combinación de música y pedagogía!. Tomando esa idea, intentaré trazar en estas líneas un paralelo musical que permita discurrir sobre varios temas que preocupan a los docentes.

No cabe duda que nuestro tiempo está definido por la postmodernidad. Las antiguas certezas se han desdibujado, lejos estamos de sustentar ideas inmutables, tal como eran consideradas durante el siglo XIX. Ya no hay nada firme ni inamovible, todo es puesto en tela de juicio, los conceptos mismos se hallan en profunda revisión. Lo efímero es la norma, no sólo del pensamiento, sino también de las más diversas expresiones artísticas, entre las que no escapa la creación musical.

La juventud está siendo bombardeada por mensajes llamativos de toda índole, en especial televisivos. Deberíamos preguntarnos qué ocurrirá cuando esos mensajes dejen de ser novedosos. ¿Merecerán por respuesta una total indiferencia? Y es justamente indiferencia la actitud predominante de una buena proporción de adolescentes ante las ofertas de aprendizaje. El desideratum pareciera ser seguir una carrera lo más corta posible, sin muchos deseos de profundizar.

Es evidente que en la actualidad pocos educandos son capaces de mantener la atención salvo por muy breves lapsos y no trepidan en manifestar que las clases les resultan tediosas. ¿Cómo explicar este fenómeno? Me animaría a decir que a esto no han de ser ajenas las formas de comunicación en boga, ávidamente consumidas por el adolescente. La vorágine en la que se halla envuelto conspira contra su capacidad de concentración, de comprensión y de análisis. Y pienso específicamente en los video clips.

* Profesor universitario. Universidad Nacional de Rosario, Argentina. Universidad Abierta Interamericana. Asesor de “Ópera de Rosario”, Argentina.

¹ Por los caminos de los semilleros de investigación. Beatriz Castañeda Góez, Jorge Ossa Londoño, Editores. Fondo Editorial Biogénesis. Medellín, Colombia, 2005.

Cuando se pretende difundir la música de un determinado grupo, de un cantante o un álbum, las compañías distribuidoras recurren al lanzamiento de video clips. Por lo general, exceptuando algunas realizaciones de ponderable calidad, en tres minutos aparece en la pantalla del televisor, con gran estridencia, una parafernalia de luces con súbitos movimientos de la cámara y rápidas sucesiones de imágenes fascinantes pero carentes de argumento o de secuencia lógica. Bien podría decirse, repitiendo a Macbeth, que lo visto es “a tale told by a fool, full of sound and fury, signifying nothing” (un cuento contado por un tonto, lleno de ruido y furia, que no significa nada). No obstante, el joven es atraído por el video clip con sus altos decibeles, flashes incoordinados, efectos especiales, mucho humo y colores restallantes; se ha conformado así un producto de notable impacto audiovisual, tras ver el cual el adolescente correrá a comprar el CD o el DVD que se promociona: el objetivo comercial está logrado.

Creo que es factible considerar al video clip como un típico exponente de la postmodernidad. Todo en él es instantáneo, fugaz, en una palabra: liviano (me resisto a decir “light”).

Los docentes tenemos en el video clip un formidable contenedor. El clip encanta al joven que, por estar viviendo una etapa hedonística, absorbe sin pestañear esa música y esas imágenes que lo subyugan. Entender que los adolescentes están inmersos en la cultura del video clip puede explicar por qué los tiempos áulicos les resultan tan largos. El docente que no advierte esa realidad continuará brindando el discurso de sus estructuradas clases, para terminar frustrando al comprobar que “los chicos no me siguen”.

Por el contrario, quien tenga el propósito de cumplir con el currículo (y, lo que es más importante con su misión de educador), deberá emplear herramientas didácticas innovadoras para motivar al alumno, despertando su curiosidad y avivando su imaginación. No quiero con esto decir que el aula deba convertirse en el ámbito de un show televisivo, no. La educación no puede reducirse a presentar una serie de clases a modo de video clips para entretener a los jóvenes². El proceso de enseñanza-aprendizaje es mucho más que eso; para referirme puntualmente a la etapa de formación universitaria, apelaré a otro ejemplo musical y diría que es una ópera.

¿Por qué una ópera? Porque en esa forma artística intervienen disciplinas muy diversas, sabiamente amalgamadas basadas en un argumento: música instrumental, canto, actuación, decoración, vestuario, movimiento escénico, iluminación, etc. La ópera constituye una armónica conjunción de componente íntimamente relacionados, en la que el todo es más que la suma de las partes. En ella no hay elementos librados al azar de modo que, cuando está bien representada, posee solidez y coherencia. Es obvio que, por su extensión y complejidad, la ópera se halla a enorme distancia del video clip.

Los rasgos que mencionamos respecto de la ópera bien pueden aplicarse a la concreción de un currículo universitario, sea la carrera que fuere. Es esencial que él haya un equilibrado entretendido de contenidos, procedimientos y actitudes, sin olvidar nunca los aspectos de una ética impecable y la formación en valores. Y así como es ardua la dirección de una ópera, ardua es también la tarea del profesor que deberá enfocar su trabajo siempre al servicio del todo.

² Jaim Etcheverry G. La tragedia educativa. Editorial Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, Argentina, 1999.

Ninguna ópera es ejecutada cada vez de la misma manera, porque existen muy diversos directores e intérpretes. El director pone algo de sí descubriendo facetas insospechadas de la partitura, destacando planos orquestales, haciendo fluir la música con sutiles matices; por su parte, cantantes e instrumentistas hacen lo suyo para comprender cuál es el marco estético de la obra que están abordando y la impregnan con su propia sensibilidad, la *régie* y el vestuario no son siempre los mismos, la ambientación es distinta. Similarmente, así como cada representación operística es irrepetible, irrepetible es también cada uno de nuestros alumnos.

Para que un educando pueda completar su ópera, es imprescindible que el docente lo guíe con firmeza y con afecto a lo largo del cautivante proceso de formación académica, proceso que jamás ha de ser parcelado, so pena de bastardearlo. De ahí que el profesor debiera asumir la inexcusable responsabilidad de hacer ver al alumno, en todo momento, cuál es el sentido del estudio que está encarando, así como procurar que se enriquezca con la aguda observación del mundo que lo rodea.

Aprender no es un hecho pasivo ni espontáneo, es un accionar consciente que implica un esfuerzo continuado y que requiere una buena cuota de reflexión, no es corto ni fácil, pero el alumno que haya captado claramente cuáles son sus objetivos y cuál su derrotero, tendrá el camino allanado y se involucrará con pasión (“con brío, con fuoco”) en su tránsito hacia la madurez. Su recompensa no se ha de limitar a la obtención del título de grado por el cual bregó; lo que es más importante es que habrá ampliado su visión y contará con valiosos recursos que podrá poner en práctica en cualquier momento de su vida.

En cuanto al docente, si es que se ha dedicado a hacer óperas y no video clips, también él ha de sentirse gratificado por haber podido plasmar, junto con su discípulo, la mejor versión de la más trascendente de las óperas: la formación integral de una persona.

